

Vivir los años treinta desde la cultura gay

José Antonio Rodríguez

Eran tiempos siniestros. De oscuridades y zozobra. O bien, acaso una época que ferozmente no quiere aún hoy dejar de terminar.

Estamos a mediados de 1930. Desde las páginas de la revistas *Detectives* que dio cuenta del trajinar urbano en la Ciudad de México, de la vida del submundo, la de los oprimidos, no de la élite, es que ahora se puede documentar en qué condiciones se vivía el ser gay. La edición del 27 de marzo de 1933 en una crónica enviada desde París se decía: “Con una tolerancia absoluta de las autoridades, en la Ciudad Luz se celebra año tras año el baile de los neutros, dirigido, como de costumbre, por Corydon, el Príncipe de los maricones”. El relato era festivo, pero siempre despectivo, a cargo del corresponsal Marcel Montarrón, como si algo lejano y encubierto ahora tomara forma:

Signo de los tiempos: el carnaval ha muerto y la única atracción del martes del carnaval es esta extraña fiesta que de Montmatre a Monparnasse, de la Bastilla a la Estrella, reúne cada año bajo la insignia del Magic City, a los frequentadores de los bares especiales, los profesionales de los amores impuros, a los muchachos que se venden y a sus tiernos protectores.

Esa noche, Corydon, el genio de las aberraciones sexuales, dirige el baile.

—Y decir que se habla de crisis— suspira un policía al ver los lujosos disfraces.

—Pero no hay crisis de la belleza, linda— le dice un gran mancebo peinado de chongo, con la falda estilo imperio, blusa roja y que lleva en la mano un minúsculo ramo de violetas...

PÁGINA SIGUIENTE

© 8491

Homosexual detenido en una comisaría, México, ca. 1925
Col. Archivo Casasola
Secretaría de Cultura.
INAH.SINAFO.FN.MX





Miguel Gil
 "Los neutros en la penitenciaría"
Detectives
 México
 24 de abril de 1933
 Col. particular

—¡Te hubieras rasurado para embellecerte, golondrina!
 La golondrina hace un gesto gracioso, y levantándose la falda,
 deja ver unas formidables pantorrillas de luchador de circo...

Todo el mundo ríe y los policías vencidos por la hilaridad casi se olvidan de dirigir el tráfico de los coches, cuyo oleaje, de minuto en minuto, crece y amenaza con sumergir todo”.

Eran felices. Aunque desde la perplejidad y los adjetivos groseros por ahí es que continuaba el cronista. Con todo, el célebre baile del Magic City, el desfile por las calles nocturnas de París era para este testigo “un mundo especial, [de] los que buscan la ternura, el amor que no han podido encontrar en otras partes”. Pero eso era allá. Otra circunstancia se daba en México. Más lacerante, porque ser homosexual en un país que emergía de la Revolución era un delito. Simplemente eso.

El reportero Armando Araujo de *Detectives* lo narra en la edición del 15 de octubre de 1934 (“Los homosexuales”, fue titulada la nota). Apenas unas semanas antes se había conocido en las páginas periodísticas de la prensa que unos “niños bien” habían sido sorprendidos en una fiesta y llevados todos a la cárcel: eran homosexuales. Escandalo social y regodeo de una prensa sensacionalista bien apuntalada en sus prejuicios. Eso sirvió para que los oficiales de la policía, feroces sabuesos, tan oscuros como la noche misma, se

LOS AFEMINADOS DE PARIS

Con una tolerancia absoluta de las autoridades, en la Ciudad Luz se celebra año tras año, el baile de los neutros, dirigido, como de costumbre, por Corydoz, el Principe de los maricones

Lucián, llamado Lulú entre los afeminados, tal como se presentó en el último baile de Magic City.

Por MARCEL MONTARRON.

TUENE veinte años. Pero todavía tiene el aire de un chiquillo. Es vendedor en un almacén de la calle del Sentier y nadie sabe presentarse como él las telas, tocarlas, acariciarlas, para que resulten su delicadeza y resistencia.

Tal vez se le podría reprochar el usar sacos un poco ajustados, y que señalan excesivamente la forma de sus caderas. También sus cabellos sorprenden. Son de color castaño pálido, tan ondulados que parecen postizos. Pero como a veces se levantan, como el tufido, una mecha que le cae sobre la frente, uno se convence de que son naturales.

En el almacén lo llaman señor Lucián. Y el señor Lucián es un ejemplo para todo el mundo, por su puntualidad y corrección.

Sin embargo y aunque no deja de ser puntual, sus compañeros están sorprendidos por su rostro preocupado, pálido. A veces se absta, para dibujar rápidamente en algunas hojas de papel. A medida que los días pasan se vuelve más nervioso, se suscita por una nada o se abisma en largas meditaciones.

Sus compañeros comienzan a cuchichear: "¿Pero qué es lo que le pasa? ¿Cuál es su secreto tormentoso?"

—¿A que no adviviana! —dice uno.—¿Amor? ¿Dinero? ¿Va a caerle la frustrada?"

—No le acerraron. Dentro de una semana es el gran baile de disfraces de Magic City y Lucián tiene miedo de que su vestido, dibujado por él mismo y para cuya confección economizó desde hace meses, no esté listo.

—¿Su vestido? —Naturalmente... ¿pero es que ustedes no saben que Lucián "es"? El y el martes va a su primer baile... En efecto, el martes baile —su primer baile de señorita.

Ha replicado a su madre, que trabaja como comerciante en Charonne, que le permita pagar la confección de un bello disfraz. La madre, a despecho de la crisis, ha cedido.

—Bueno —como dice— un muchacho serio puede aferecerse de cuando en cuando un capricho. Porque el muchacho es serio, bien educado, cuidadoso, de sus negocios. Y, sobre todo, no tiene fiasa de mujeres...

Martes de Carnaval. Lucián —Lulú para los señores— ha recibido su vestido a tiempo, un largo vestido suave, muy descolado en la espalda, sostenido de los hombros por delicados tirantes de seda.

A las omociones de los preparativos sucede la emoción de la salida. Lulú no se ha atrevido a maquillarse demasiado, frente a su madre. Se arreglará en casa de "Jeanette", que es empleado de banco.

"Jeanette" es moreno, más delgado, más airado. Lleva, para cubrir sus brazos musculosos, largos guantes negros, que alargan todavía más su silueta.

—¿Tú sabes que "Mado" va a llevar un vestido maravilloso, con plumas altas y lentejuelas. "Bobette" me lo dijo. Claro que con los dos tipos que la sostienen, "ella" puede parecer vestida de vez presto.

Lulú, que termina de arreglarse los labios, dice, medio burlón, medio despreciativo: —¿M...? ¿tú sabes que las profesionales no me interesan.

No son sino las diez de la noche, pero ya está listo todo en la calle. El espectáculo comienza en la calle. Y vale la pena verlo, tanto co-

mo un baile de disfraces en la Opera.

Signo de los tiempos: el Carnaval ha muerto, y la única atracción del Martes de Carnaval es esta extraña fiesta que de Montmartre a Montrouge, de la Bastilla a la Estrella, reúne cada año, bajo la insignia del Magic City, a los frecuentadores de los bares especiales, los profesionales de los amores impuros a los muchachos que se venden y a sus tiernos protectores.

En esa noche, Corydoz, el genio de las aberraciones sexuales, dirige el baile.

—Y decir que se habla de crisis! —suspira un policía, al ver los lujosos disfraces.

—Pero no hay crisis de la belleza. Linda —le dice, un gran muchacho inclinado de cabeza, con la falda estilo imperio, blusa roja y que lleva en la mano un minúsculo ramo de violetas.

Redoblan los gritos y las risas. Se mezclan con el va y viene de los autos, con el ruido de las portezuelas, los silbidos de los policlíns. La fila de coches se alarga sin cesar. Los disfraces se acumulan.

En el aire hay no sé qué de carnal y de perverso, que contrasta con el aspecto tranquilo y burgués del barrio.

—¿Te hubieras rasurado para embellecerte, golondrina!

La golondrina hace un gesto gracioso, y levantándose la falda, deja ver unas formidables pantorrillas de luchador de circo.

—Y han visto a aquella otra! Tiene bonitos brazos, pero manos sucias. Se conoce que acaba de lavar la vajilla.

Todo el mundo ríe y los policlíns vendidos por la hilaridad, casi se olvidan de dirigir el tráfico de los coches, cuyo oleaje, de minuto en minuto, crece y amenaza con sumergir todo.

—¿Qué aglomeración! Hay una apretada multitud en la entrada y en la sala de baile, así como en la doble acera que conduce a ésta. Porque en este observatorio se han colocado los curiosos —un treinta por ciento de la concurrencia— y lanzan hurlas a "las" que llegan.

El jazz, con su estruendo de bananual, ahoga todos los ruidos.

—¿Quién ha venido para bailar, con excepción de esas intrépidas que giran en el centro de la sala, con las manos en las caderas?

—¿Dónde refugiarse? Los llamados van de una acera a la otra. Con gritos de mujeres acariadas, los equivocados bailarines se interpelean llamando a c...

mujeres y se lanzan las flores que llevan en el pecho.

—Vamos, "Susy", ¿sigues cansada "sax"? un hombrachón injuriosamente pintado, de piernas delgadas y torcidas, cascán su espalda cruzada de rasguños.

—¿Mira, querida, cómo son desgraciados los hombres...

Medianoche. La salida de los teatros lleva la aglomeración a su colmo, obedeciendo como a una misteriosa consigna, la multitud más extraña de París corre a Magic City. Con frecuencia se ha hablado del misterio que se desprende de los disfraces.

—¿Pero qué decir, del increíble desfile de vestidos llevados por hombrachos jóvenes? ¿Me decir de los brazos musculosos, a veces cubiertos de velo, enguantados hasta el codo y apoyados en preciosas varas automatas de listones? Y, sobre todo, ¿que pensar de esas coquetas de otra edad, seres irracionales que no son ni mujeres, fantasmas perversos del pasado?

Hay algunos cuya impasibilidad todavía me preocupa. Vi uno, que aún me alucina: gran sombrero empachado, peluca rizada, vestido negro descolado, y un rostro en el que no se mueve un músculo y cuyos ojos, hijos, excesivamente fijos, excesivamente brillantes, parecen adueñarse de brama. Durante una hora sólo le vi hacer una cosa: contemplarse en el espejo.

Comienza el desfile de disfraces. Sobre el estrado y alrededor de la pasarela por la que desfilan los disfraces bajo una lluvia de rosas, la multitud es tan densa que nadie se puede ir a incurrir para recoger un su abito.

Todo París viene a ver el desfile.

Los dos de

la mañana. Todo tiene su fin. Los curiosos más obstinados se retirarán no quedará en la sala sino los verdaderos aficionados que, habiendo soñado con esta fiesta desde hace meses, quieren apurar el placer hasta el fondo.

—Al fin solos, chiquilla —dice Lucián—. Ven a bailar una pieza.

Los bailarines, estrechamente enlazados, evolucionan a sus anchas. Los agentes de policía, con las manos en el cinturón, vigilan las locas evoluciones de los bailarines. Pero hay que distinguir, al lado de los profesionales de este mundo especial, los que buscan la ternura, el amor que no han podido encontrar en otras partes.

Los hay audaces, prudentes, tímidos, perversos, todos los aspectos del otro amor.

Desde un palco, en el que me he colocado con algunos amigos, un policía experto va designándose a los más célebres.

—Ese cincuenta disfrutando de mamola española, es un manriaco que se viste de mujer aún en otro tiempo que no es el de la Cuarecesma. Muchas veces lo hemos sorprendido, vestido como una criada, conquistando a los chiquillos.

—Aquel otro gordito, de rostro marcado por el vicio, vino una noche a la comisaría, a suplicar que se pusiera en libertad, lo más pronto posible, a un chiquillo de dieciséis años. Lloraba como una mujer. Le prometimos despedir pronto el negocio. Las formalidades de identificación duraron hasta el alba. Al salir, para irnos a casa, lo encontramos en la calle, todavía esperándonos.

—Y aquel hombrachito de bigotes, tal vez es el más miserable de todos. Muchas veces ha caído entre las manos de los chiquillos que trabajaban por cuenta de los explotadores. Ya usted conoce el truco: en el momento psicológico surge un hombre, escudatizado: "¡No le da vergüenza pervertir a un niño! Si me quiero que lo denuncie, pague!" Hasta la cuarta vez se decidió a

Seguir en la página entera.



Disfrazados los hombres-mujeres, de todos los sitios de París, a Magic City, donde, ante un público curioso y escéptico, efectúan un desfile piteoresco.





lanzaran a las calles en persecución de su presa. Tenían la cancha libre. Escribe el periodista lo que le contó poco después un policía: “Cuando se hace sobrevigilancia, poco después de la media noche, es cuando sorprendemos reuniones de afeminados que no se recatan”. En una casa del pueblo de Tacuba, agregaba el oficial:

Grande fue nuestra sorpresa al hallar en uno de los salones de esa casa, que estaba decorada con un refinamiento muy femenino y audaz, muchos hombres. De pronto descubrimos a algunas mujeres y luego nos convencimos que se trataba de hombres vestidos de mujer. En una palabra. Habíamos sorprendido una saturnal en que participaban homosexuales. Detuvimos a todos y se les impuso una multa fuerte. Meses después, volvimos a sorprender a los mismo individuos en otra saturnal, y se repitieron las escenas. Posiblemente la policía llegue a cansarse primero de perseguirlos que ellos renuncien a tratarse como si fueran mujeres.

¿Invasión a la vida privada? ¡ Bah!, eso no le importaba a la policía de aquella Ciudad de México sin ley. En donde un grupo social era condenado a los arrabales, al confinamiento carcelario. Y el lenguaje, ese lenguaje que no encontraba la manera de narrar los sucesos (en abierta violencia de la escritura) que se daban encarnizadamente hacia un círculo social. Leopoldo Orendain es un ejemplo explícito en sus crónicas históricas sobre Guadalajara en *Cosas de viejos papeles* para él, el barrio de San Juan de Dios había caído en una pésima fama por sus vendedores urbanos: “eran afeminados de tomo y lomo los que expedían los tamales... Desvergonzados, porque vestían con blusas de telas vaporosas, colores llamativos y cortadas según moldes femeniles. Se empolveaban la cara y con sus ademanes y expresiones disipaban cualquier duda. La autoridad los toleraba, quién sabe por que causa o conveniencia. Tales tipos dieron pésima fama al barrio.” Y eso que era Orendain, lúcido por momentos aunque desinformado en otras ocasiones.

Miguel Gil, también para las páginas de *Detectives* del 24 de abril de 1933, se adentró en la Penitenciaría del Distrito Federal para dar cuenta del cómo vivían todos aquellos seres confinados por sus preferencias sexuales. El fotógrafo Díaz (muy probablemente Enrique Díaz) le acompañó. Es éste, acaso, un testimonio de incompreensión, de abierta ironía. El reportero no encuentra otra manera de describir la situación a la que se enfrenta más que las frases burlonas. Quiere fotografiar a los reclusos acusados sólo por sus preferencias afectivas:

...retratarnos ¡nunca!

Me cuesta algún trabajo convencerlos.

—Pero miren muchachos...

—Que muchachos ni que ocho cuartos! —dice La Yucateca—, ¿qué no ve que somos mujeres?...

Soltamos la carcajada.

—Eso... Dispensen... muchachas...

—Ah, eso es otra cosa...

Y La Yucateca que es un... ¿cómo decirle entonces si no es muchacho?... la verdad es difícil el nombre... (le llamaremos neutro, puesto que no es ni macho ni hembra), se pone las manos hechas puño en las caderas, enchueca la boca pintada, y da algunos pasitos delante de nosotros... Sus posturas grotescas provocan las sonrisas de cuantas personas ven este simulacro femenino.

A contracorriente, una cultura vital sobrevivía. Los testimonios que se dejaron asomar fueron formando, poco a poco, una historia de agravios. Hoy, referencias ineludibles para documentar una incompreensión que venía desde mucho antes.

Ya lo decíamos: tiempos siniestros.